

De acuerdo con Freud, la historia del hombre es la historia de su represión. La cultura restringe no sólo su existencia social, sino también la biológica, no sólo partes del ser humano, sino su estructura instintiva en sí misma. Sin embargo, tal restricción es la precondition esencial del progreso. Dejados en libertad para proseguir sus objetivos naturales, los instintos básicos del hombre serían incompatibles con toda asociación y preservación duradera: destruirían inclusive lo que unen. El Eros incontrolado es tan fatal como su mortal contrapartida: el instinto de la muerte. Sus fuerzas destructivas provienen del hecho de que aspira a una satisfacción que la cultura no puede permitir: la gratificación como tal, como un fin en sí misma, en cualquier momento. Por tanto, los instintos deben ser desviados de su meta, inhibidos en sus miras. La civilización empieza cuando el objetivo primario —o sea, la satisfacción integral de las necesidades— es efectivamente abandonado.

(...) El animal hombre llega a ser un ser humano sólo por medio de una fundamental transformación de su naturaleza... El cambio en el sistema de valores vigente puede ser definido provisionalmente como sigue:

*de:*

satisfacción inmediata

placer

gozo (juego)

receptividad

ausencia de represión

*a:* satisfacción retardada

restricción del placer

fatiga (trabajo)

productividad

seguridad

Freud describió este cambio como la transformación del *principio del placer en el principio de la realidad*.

(...) Pero el principio del placer irrestringido entra en conflicto con el ambiente natural y humano. El individuo llega a la traumática comprensión de que la gratificación total y sin dolor de sus necesidades es imposible. Y después de esta experiencia de frustración, un nuevo principio de funcionamiento mental gana ascendencia. El principio de la realidad invalida el principio del placer: el hombre aprende a sustituir el placer momentáneo, incierto y destructivo, por el placer retardado, restringido, pero «seguro».

(...) De acuerdo con Freud, la modificación represiva de los instintos bajo el principio de la realidad es reforzada y sostenida por la «eterna, primordial lucha por la existencia... persistente hasta la actualidad». La escasez (*Lebensnot*, ananke) le enseña al hombre que no puede gratificar libremente sus impulsos instintivos, que no puede vivir bajo el principio del placer.

(Herbert Marcuse. Eros y civilización, pp. 25-29)